

Una lectura política de la memoria y la historia

POLÍTICAS DE LA MEMORIA, Anuario de Investigación e Información del CeDInCi (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina), números 4 (verano 2003/2004) y 5 (verano 2004-2005)

*Adrián Celentano**

Presentación

Proponemos una lectura de *Políticas de la Memoria* que supone que este anuario es una intervención política que –sin ser un órgano partidario, sino de un agrupamiento cultural– interpela la historia de los revolucionarios y como leerla, los movimientos obreros, los modelos militantes e intelectuales. Por eso hemos seleccionado los items que aquí recorreremos, partiendo de la imposibilidad de una lectura inocente.

Políticas de la Memoria es el anuario del CeDInCI, el Centro de Documentación e Investigaciones de la Cultura de Izquierdas, fundado en 1998 por Horacio Tarcus, Roberto Pittaluga, y Ana Longoni entre otros investigadores.¹ Han construido el centro, manteniendo una distancia con el Estado, que le permite disputar lo público a la vez que sostener una demanda a lo institucional, una tarea ardua que siempre atravesó contradictoriamente a las izquierdas. El centro tiene un archivo bibliográfico y sonoro clave para el estudio de las políticas y la cultura de izquierdas, incluyendo correspondencias como la de los socialistas² y materiales referidos a los movimientos

* Centro de Estudios Socio Históricos, Facultad de Humanidades, UNLP

¹ El colectivo editorial del n° 5 suma además de los citados a Laura Ehrlich, Gabriela Karababikian y Adriana Petra. El del n° 4 incluía a Gabriel Rot, quien dirige ahora su propia revista *Lucha Armada*.

² Adriana Petra, “Los socialistas a través de su correspondencia” *Políticas de la Memoria*, 2005, p. 171.

Cuestiones de Sociología, N° 3, 2006, pp. 380-390.



sociales.³ El archivo está basado en las colecciones particulares de los fundadores y adherentes a la vez que el CeDInCi desarrolla intercambios de libros, revistas, folletos etc. Todo esto explica que el anuario nos proporcione una medida exacta de la “prepotencia de trabajo”, rigurosidad teórica y persistencia política de quienes se han constituido en uno de los referentes de las investigaciones históricas, sociales y estéticas de la Argentina en los últimos años.⁴

Tomemos entonces *Políticas de la Memoria*. tiene en su haber cinco números, los tres primeros más modestos en relación a los dos últimos, en buena medida exponentes de los primeros pasos del centro, que pueden ser vistos como indicador del estado de la cuestión en la agenda pública y en algunos ámbitos de la academia, donde todavía en los noventa había que destrabar el silencio sobre períodos como los sesenta y la dictadura en la historia Argentina. Los últimos dos anuarios son los que trataremos, por la densidad temática y variantes de perspectivas que proponen estos volúmenes en sus más de doscientas páginas que tiene cada uno y por la reflexión de la misma publicación:

Repensamos *Políticas de la Memoria*, a partir de este 4º número, como un anuario de investigación que de cuenta de distintos avances en la historiografía de la izquierda mundial y argentina. Un espacio de intervención crítica en los debates actuales de las izquierdas y en torno a las políticas de archivo, preservación y memoria. Un lugar también, para proponer un balance de los desafíos con los que se topa un proyecto como el nuestro, que apuesta a recuperar sentidos de lo público que aparecían negados o vacíos.⁵

Podemos inscribir a *Políticas de la Memoria* en la historia de las revistas culturales argentinas, por varios motivos.⁶ Uno es que impulsa una renova-

³ *Políticas de la Memoria* n° 5, Graciela Karababikian: “Catálogos de movimientos sociales en la argentina”, pp. 170. 2005

⁴ El CeDInCI lleva organizadas tres “Jornadas de Historia de las Izquierdas”, tematizando en la última los “Exilios políticos argentinos y latinoamericanos” con una reconocida repercusión nacional e internacional. Debemos agregar la revista *El rodaballo* que el mismo grupo difunde; la tarea editorial de *El cielo por asalto* que ha puesto en circulación títulos como *Nuestros años sesenta* de Oscar Terán o *Del Di Tella al Tucumán Arde* de Ana Longoni y Mariano Mestman; y la publicación en CD de las revistas *Pasado y Presente*, *Cristianismo* y *Revolución* entre otros materiales.

⁵ Ver: José Luis De Diego *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?* La Plata, Al Margen, 2000.

⁶ Adriana Petra, “La utopía del individuo integral o el mito de la Arcadia Sudamericana. Anarquismo eugenesia y naturismo en el Viaje al país de Macrobía” *Políticas de la Memoria* N° 5, 2005, pp. 43-56. Laura Fernández Cordero, “Una utopía amorosa en la Colonia Cecilia” id. pp. 57-62

ción en la mira de los procesos históricos de los intelectuales y la política, del movimiento obrero y la formación de partidos. A esto se agrega el debate de temas clave, traduciendo intervenciones de intelectuales como Perry Anderson, Bruno Groppo y Enzo Traverso, que marcan el esfuerzo de la revista por situarse en la discusión internacional sobre la pretensión ideológica dominante de equiparar la experiencia comunista con el nazismo. La revista establece además una disputa con la esfera pública, sobre la ubicación del Estado respecto de la “verdad” o en torno a la política de preservación de archivos en nuestro país. Por último una atención al nexo entre las vanguardias políticas con las estéticas, junto a la reactivación de tópicos que fueron soslayados en el pasado, como la reflexión sobre las utopías, elaborada por Petra y Fernández Cordero;⁷ y la moral en las organizaciones guerrilleras seguidas por Ciriza y Oberti.⁸

La revista articula una presentación en gran tamaño con ilustraciones de artistas como Nervio, Cantor, Audivert, Rebuffo y otros. Imágenes ordenadas de modo preciso. Se trata de grabados que nos imponen herramientas en brazos fornidos, rostros de precisas aristas geométricas, mudos viajeros en colectivo dentro de una ciudad perfilada a la sombra de la fábrica. El arte subraya, arrojando un halo de seriedad en los textos. Y desde artículos como el de Longoni y Lucena se presentan momentos claves como el paso de los “concretos” por el Partido Comunista, o el problema planteado por el realismo socialista a los artistas de izquierda como Berni en Argentina, puesto en relación con el debate europeo.⁹

Políticas de la Memoria distingue artículos de documentos y reseñas. Los agrupa por temas que permiten segmentar y meditar la lectura de los textos. Estos siempre están sostenidos en una clave teórica –saludable postura en un medio académico donde ese llegó a saludar el “fin de la teoría”– que establece conjuntos de informaciones siempre interpretadas, de modo que no hay citas sin desmenuzar, ni transcripción de documentos inocente.

No se trata de leer por leer

Decía Alberdi en el Salón que no se trata de “leer por leer”, de modo que no revisaremos aquí lo todo lo que dicen estos dos números, solo toma-

⁷ Alejandra Oberti, “La moral según los revolucionarios”, *Políticas de la Memoria* N° 5, 2005, pp. 77-84.

⁸ Ana Longoni y Daniela Lucena, “De cómo el ‘júbilo creador’ se trastornó en ‘desfachatez’. El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista. 1945-1948” *Políticas de la Memoria* N° 4, 2004, pp. 117-128

⁹ Horacio Tarcus: “Entre Lasalle y Marx. Los exiliados alemanes en la Argentina de 1890 y la recepción del socialismo europeo” *Políticas de la Memoria*, N° 5, pp. 105-114, 2005.

remos algunos problemas. Al fin y al cabo los emblemas de la izquierda argentina hacen de la lectura un motivo clave, al punto que en el escudo del PC la base que sostiene la alianza de la hoz y el martillo es... un libro abierto. Y es el pensamiento de la política vinculado a la lectura una marca que distinguió a las izquierdas respecto de las experiencias populistas, lo que llevó a la denuncia –por parte de muchos intelectuales– de la distancia entre intelectuales y pueblo, tan repetida durante el siglo XX. Dos lecturas entonces: una, la de Tarcus sobre los inicios de la relación entre lo obrero y la política; otra, la de Piglia sobre Guevara y el modelo militante guerrillero. Ambas por un elemento común: trabajar lecturas de sujetos históricos centrales para la experiencia del siglo XX argentino.

Tarcus trabaja el origen del movimiento obrero, el tópico central de todo documento fundacional de la izquierda. En primer lugar los socialistas y los anarquistas, que fundaron a fin de siglo las primeras organizaciones políticas y sindicales, fijaron los primeros textos. Luego el Partido Comunista modeló al estilo de su celebre *Ezbozo* esa historia, con obras como la de Iscaro, que luego fue objeto de múltiples relecturas por parte de las organizaciones de la “nueva izquierda” en los sesenta sobre sus “orígenes”. Pensemos que en ese momento una de las más populares colecciones de fascículos de esa época fue la *Historia del Movimiento Obrero* editada por el CEAL. Todo esto hace más relevante aún la publicación de partes del meticuloso trabajo de Horacio Tarcus que viene rastreando la presencia del pensamiento de izquierda en Argentina desde el siglo XIX, trabajando sobre introductores del marxismo en nuestro país; en dos *dossiers*: uno sobre el fundador del periódico *El Obrero*, German Ave-Lallemant, y otro analizando el Club Vorwärts, y la escritura de Augusto Kuhn.¹⁰

Estos trabajos le permiten mostrar los primeros pasos de la política de izquierda más contradictorios de lo que se supone, Tarcus establece más continuidades de las habitualmente reconocidas entre Lallemant y Juan B. Justo. Por un lado muestra las divergencias entre Lallemant y el joven Ingenieros, al que considera un pequeñoburgués, afirmación hecha desde el Vorwärts, que era principalmente un órgano de la colectividad alemana, mientras Ingenieros trabajaba activamente por la fundación de un partido obrero en Argentina. Por otro lado Tarcus toma distancia de las interpretaciones de Leonardo Paso y José Ratzler:

Es indudable que Justo no adscribía al “marxismo ortodoxo” al estilo de Kautsky o un Lallemant, considerando a Marx dentro de un universo de

¹⁰ Horacio Tarcus “¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista German Ave-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890”, *Políticas de la Memoria* n° 4 p. 87.

autores socialistas compartido con un Ferri o un Loria (Aricó, 1999). Esto no impide que ambos adscriban a un socialismo con un fuerte énfasis cientificista, objetivista y evolucionista, defiendan como “civilizatoria” la expansión del capitalismo, sostengan para la Argentina una política económica favorable al libre comercio y estén animados por la misma confianza en que el progreso –identificado con el desarrollo tecnológico– colocará al proletariado moderno en los umbrales del socialismo.¹¹

El problema reside en que Justo –con su eclecticismo y, agreguemos, con su desprecio por la vía revolucionaria– sí resolvió en un sentido lo que sus antecesores no lograron: establecer una política democrática para la realidad urbana y rural argentina, formarse como dirigente práctico de un partido y formular una hipótesis para la historia política argentina. Todo esto le permitirá enfrentar a Ferri cuando el italiano niegue la posibilidad del partido obrero en este país. Tarcus se refiere a todos los autores que incursionan sobre estos temas y publica los materiales para ser leídos y discutidos.

Otra lectura que proporciona sentido a los trabajos, es una conferencia de Ricardo Piglia.¹² Un texto intercalado con fotos del Che leyendo en uniforme de combate, arriba de un árbol o recostado en el pajonal. Esta intervención funciona como una invitación a abrir una nueva lectura sobre los revolucionarios, a revisar objetos como la oposición entre lectura y decisión política, o la radicalización de los intelectuales. Para Piglia el lector es un dador de sentido, con cierto aislamiento respecto de lo real y la lectura es un filtro que da sentido a la experiencia. El Che “encuentra en una ficción un modelo ético, un modelo de conducta, la forma pura de la experiencia”¹³, es él, como lector, el que busca ese sentido. La lectura es la serie que recorre toda la vida de Guevara: persiste ligando la vida política con la personal, en los viajes y en el momento de la acción del guerrillero. Aunque mantenga el uso del *che*, este es último elemento nacional que queda en esa identidad –esa máscara– de extranjero perpetuo. Guevara firma dinero con un seudónimo y ese desenfadado en el uso del lenguaje es marca también de su origen aristocrático. En la ruptura con su pertenencia nacional, con su mundo familiar o de estudiante porteño fija la búsqueda de experiencia, ese núcleo le sirve a Piglia para pensar la politización de los intelectuales: el salir de un mundo cerrado, encontrar la política en el proceso de cierre de la experien-

¹¹ Ricardo Piglia, *Ernesto Guevara, el último lector. Políticas de la Memoria* N° 4, 2004, p 13-32. Este texto se convertirá en capítulo de su último libro y le dará parte del título. Ricardo Piglia, *El último lector*, Anagrama, Buenos Aires, 2005.

¹² Ricardo Piglia, *Ernesto Guevara, el último lector. Políticas de la Memoria* N° 4, 2004, p 15.

¹³ El intelectual revolucionario es un modelo promovido con la II Declaración de La Habana. Ver Claudia Gilman *Entre la Pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

cia. Proceso que se puede encontrar en Walsh cuando cierra su escritura a la novela y se lanza a dirigir el periódico de la CGT de los Argentinos. Podemos entonces subrayar que este gesto se extiende hacia otras rupturas –que *Políticas de la Memoria* recoge– aunque no fue un camino de mano única. En la segunda mitad de los sesentas otros –como es el caso de Ernesto Laclau– eligen preservar la producción intelectual en el espacio institucional, tomando distancia de las rupturas que promueve el modelo del *intelectual revolucionario*.¹⁴

Guevara tiene el proyecto de volver a la Argentina con una columna guerrillera –dice Piglia– dentro de una perspectiva que no atiende las condiciones políticas locales, confiando solo en la fuerza propia, no en las relaciones concretas como el análisis del enemigo y las posibles alianzas. La objeción de Piglia se presenta anclada en Gramsci, opuesto a Guevara por ser otro lector, desde la cárcel pensando el bloque nacional popular, pero retiene en su seno los análisis de Elías Semán, que luego de la crisis del al Partido Socialista de Vanguardia (PSAV) fue uno de los fundadores de Vanguardia Comunista (VC). Semán fue invitado por el *Che* a Cuba en 1961, pero disintió luego con la teoría del foco. En 1964 Semán, cuestionó a los gramscianos de *Pasado y Presente*, señalando que el *foquismo* estaba distante de la práctica de lucha de la clase obrera en Argentina, que separaba la tarea militar de la formación de su dirección política: el partido marxista leninista y que el modelo del foco no entendía la problemática de las alianzas necesarias para la revolución en nuestro país.¹⁵ Como en *La Argentina en pedazos y Plata Quemada* Piglia no se desprende de claves que para él parecen no estar definitivamente clausuradas: las que explican la formación de la nueva izquierda, en particular la escritura en relación con la violencia política. Mientras la política revolucionaria quebró al PSAV, la misma política fue motor de las primeras rupturas y elaboraciones historiográficas de Laclau, entrando al Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), camino de acercamiento a la vía populista propugnada por Abelardo Ramos.¹⁶

Guevara entre la caja de medicamentos y la de balas se decide por la segunda, haciéndose guerrillero, pero con una concepción “esencial” de esto. En el sentido en que convierte a la guerrilla en la forma de construcción de una nueva subjetividad. Condensa la decisión con una ética del sacrificio y termina haciéndola independiente del contexto de la crisis de hegemonía de Batista, que no se producía en Bolivia. Mientras el marxismo

¹⁴ Elías Semán: *El partido marxista leninista y el guerrillerismo*, Buenos Aires, No Transar, 1964.

¹⁵ Martín Bergel, Mariana Canavese, Cecilia Tussonian. “Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau” *Políticas de la Memoria* N° 5, p. 152, 2005.

¹⁶ Ricardo Piglia, “Ernesto Guevara, el último lector”, *Políticas de la Memoria* N° 4, 2004, p. 31.

trata de manejar las contradicciones con el enemigo, fragmentarlo, construir alianzas en una concepción fluida de lo que es amigo y enemigo, como decía Mao. La visión guevarista al unir ascetismo con conciencia política produce un “estado de excepción” interno, que deriva en la repetición en las organizaciones de ese cuño, de la búsqueda permanente del enemigo, que desembocó en el fusilamiento de Roque Dalton en El Salvador o de las ejecuciones en el EGP de Masseti. En esa guerrilla, se intenta –dice Piglia– producir automáticamente al sujeto como héroe, una construcción directa sin pasos previos”.¹⁷

Este modelo produce revolucionarios en situación completamente adversa, continua Piglia, opera casi por descarte, pero Guevara no es un burócrata que manda a los demás a hacer, el se pone fielmente en lo que postula, como los anarquistas del siglo XIX, que querían vivir lo personal como la sociedad que postulan para el futuro. En paralelo a este modelo el Che persiste en la figura del lector, que construye sentido opuesto al político, en la soledad, es el “representante puro de la construcción de sentido”¹⁸. Las dos figuras se unen en el final, cuando están por asesinarlo en la escuelita de La Higuera, donde la única que le manifiesta simpatía es la maestra, y cuando entra a atender al Che, este le señala que a la frase le falta el acento, en la pizarra estaba la frase *yo sé leer*. Un final, una cristalización, un oráculo.

En cierto modo se puede decir que este artículo tiene en su seno buena parte de las intenciones de *Políticas de la Memoria*, trabajar ese oráculo, esa cristalización, para que no quede perdida en la historia. De allí que los desmenuzamientos de *Políticas de la Memoria* se concentren en las subjetividades, al revés que la clave de lectura de las organizaciones políticas de izquierda que trazan una anatomía de las relaciones objetivas y determinan los comportamientos de los sujetos desde las estructuras socioeconómicas. El punto estructural, dentro de la revista, queda en suspenso o intermitente, como cuando al analizar los primeros pasos de Laclau irrumpe el debate sobre los modos de producción en Latinoamérica, o cuando Lorenz al convocar al centro de la disputa historiográfica al objeto-sujeto obrero no elude que ello implica volver sobre el análisis socioeconómico.

El modelo puesto en tela de juicio por Piglia es cuestionado en su moral desde la lectura que hace Oberti del documento elaborado por el PRT-ERP “Moral y proletarización”¹⁹. En este documento hay una atención hacia la

¹⁷ Ricardo Piglia, “Ernesto Guevara, el último lector”. *Políticas de la Memoria* N° 4, 2004, p. 32.

¹⁸ Alejandra Oberti, “La moral según los revolucionarios”, *Políticas de la Memoria* N° 5, 2005, p. 77.

¹⁹ Ana Amado, “El documental como herramienta de historia” *Políticas de la Memoria* N° 5, 2005, p. 17.

“revolución sexual” en curso en los setenta, a la mujer, la crianza de hijos, la familia –dice la articulista– pero es una pedagogía basada en nociones aceptadas de masculinidad y feminidad, que no quiere reconocer formas de opresión no subordinables bajo el nombre de “clase”. Se propone una visión de la maternidad como algo límite y natural de las mujeres, pero comprendida de modo paternal por los hombres, dice Oberti. Las mujeres son madres, consideradas iguales y luego borradas como mujeres hablando de la doble explotación de la “mujer obrera”. Luego, mujer, pareja y familia se hacen un solo cuerpo en forma de monogamia heterosexual, constituyéndose como reverso de la moralidad burguesa, culminan masculinizando a la mujer; de modo simétrico al que el militarismo tuvo elementos especulares con el ejército regular, ambas convergencias formaron un conjunto que no dejó de afectar las subjetividades que se reproducían en estas organizaciones.

Que contar, porqué y para qué

Un núcleo de artículos aborda el problema de las representaciones de la historia reciente, los tres explicitan desde el inicio el presente como clave de la intervención para montar sus objetos, no velan sus puntos de partida y reconocen estar discutiendo sobre representaciones. Pittaluga y Oberti subrayan la “permanente y renovada energía social del movimiento de derechos humanos” que impone en la sociedad el debate sobre el pasado reciente y proponen un conjunto de ejes para abordar las representaciones materiales y simbólicas del periodo dictatorial y sus antecedentes. Pasados los años ochenta, la época en que los sujetos revistaban como testigos sometidos a un proceso judicial, en el marco del Juicio a las Juntas, los militantes tomaron –ya en los noventa– la palabra negándose a ser considerados solo como víctimas presentando su visión del pasado reciente.

Los articulistas señalan que las víctimas de la representación estatal tuvieron que establecer modos de presentación eficaces frente al poder, como la consigna “aparición con vida” que señalaba y desarticulaba el objetivo central del dispositivo represor: la desaparición, y su efecto terrorista: el olvido. Para ello apelaron a un modo de representación: las fotos, muchas veces de los DNI, que –como señala Nelly Richard– restituía identidad a los desaparecidos apelando como herramienta a un documento que tiene originalmente el objetivo de serializar y clasificar al individuo. En este sentido se trata de producir una “discontinuidad de orden diferente” para evitar que se concrete el objetivo habitualmente reiterado de “cerrar” aquel pasado. Cierre al que tampoco debe contribuir la construcción de museos, parques y monumentos de la memoria, impulsando una relación apasionada y una dis-

posición a la escucha por parte de los sujetos, dicen los articulistas. Esa disposición a la escucha que todo narrador encuentra en los sujetos que esperan su relato, como marca Ana Amado: en documentales como *Entre la sangre y el tiempo* las voces y las imágenes de una militante perretista se confunden con las de la directora del film y ambas con las risas y preguntas de los hijos, esos que deberán recoger, modificar y establecer nuevas narraciones.²⁰

Los articulistas polemizan con quienes ceden a la matriz estadocéntrica, esta última pretende unificar –y apropiarse de– la verdad y la memoria a través de leyes e instituciones, practica encubierta “tras el discurso de su carácter público”. Una política que no debe ser admitida en nombre de la disposición favorable de ese Estado para el trabajo de la memoria, simplemente porque se trata de los archivos y documentos –reunidos trabajosamente por la sociedad civil– sobre las prácticas terroristas de ese mismo Estado, que además no ha puesto a totalidad de sus archivos a disposición pública. Por eso los articulistas sostienen que de lo que se trata es de exigir a ese estado que colabore con las iniciativas emergentes de la sociedad civil. Modo en que el Estado reconozca su deuda con la memoria preservada por otros, habida cuenta además que sabemos que en Argentina el aparato estatal puede estar “tanto dentro como fuera de la ley”.²¹

A distancia tanto del Estado como de la glorificación de la guerrilla, que también Pittaluga y Oberti llaman a revisar en sus análisis políticos y fundamentos teóricos, Federico Lorenz propone pensar el pasado reciente “desde los trabajadores”. Reconoce el enriquecimiento que produjeron los relatos de *La Voluntad* y otras obras, pero la memoria tiende a ser monopolizada por los protagonistas tanto en la figura de “víctima” o de “combatiente”. Mientras los trabajadores aparecen entre el Cordobazo y 1975, luego se diluyen, subsumidos como *partenaires* de los actores políticos radicalizados, son un coro que refuerza la acción de los otros protagonistas, siempre quedan subordinados a la espectacularidad de las acciones guerrilleras que concentran “buena parte de los análisis del período”. Esto se debe a que la reflexión dominante sobre el período surge de actores que provienen del mismo sector social que los militantes de las organizaciones armadas y “algunos de sus frentes de masas”: los sectores medios.

²⁰ Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, “Temas para una agenda de debate en torno al pasado reciente”. *Políticas de la Memoria* N° 5, 2005, p. PM p 14

²¹ Agreguemos obras que en su momento fueron a contracorriente: el libro de Susana Fiorito Natalia Duval, *Los sindicatos clasistas*, CEAL, Buenos Aires, 1984, Pablo Pozzi, *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires, Puntosur, 1988 y la de Gregorio Flores, escritura de un activista sindical.

Acertadamente Lorenz señala la bibliografía imprescindible para comprender el período: el básico libro de Brennan sobre el *Cordobazo*, la obra de Daniel James *Resistencia e integración*, la precursora de Juan Carlos Torre sobre los sindicatos y el gobierno entre 1973 y 1976 y la más reciente *La vida en las fábricas* de Mirta Zaida Lobato, todos trabajos ineludibles para pensar el período.²² A pesar de estos trabajos se ha opacado el rol opositor del sindicalismo a la dictadura militar, que desafió a la dictadura con huelgas e intentos de reorganizar la CGT que estaba prohibida.²³ Los miles de trabajadores que protagonizaron esas prácticas merecen más densidad y complejidad en las investigaciones y se pregunta Lorenz porqué no hay una *Noche de los lápices* del movimiento obrero. Subrayemos entonces que la película de Olivera también cae bajo los argumentos de Lorenz, al punto que se ha obviado que la consigna de aquel movimiento no fue por “el boleto estudiantil” sino por el “medio boleto obrero-estudiantil”. Y ese movimiento –muy lejos de estar unificado– estaba atravesado por todas las contradicciones que el accionar de las organizaciones armadas le impuso, cuestión todavía por investigar.

El articulista señala como ejemplo su investigación en los astilleros Astarsa, donde los interrogantes que el formula ponen en evidencia el “aislamiento y el sufrimiento” de los trabajadores que padecieron en forma colectiva, más que la individual del *modelo del recuerdo del combatiente*, que ha sido más difundidas y amplificadas por su coherencia con la ideología del martirologio en la formación de la tradición nacional. El *cuasi vacío* objetado se explica porque el movimiento obrero mayoritariamente peronista no asumió el reclamo por sus muertos y desaparecidos porque eso implicaba rediscutir la historia de muchos dirigentes sindicales que colaboraron con la represión o participaron organizadamente en ella y a la vez, era objetar a quienes eran los candidatos del PJ en las elecciones de 1983.

Nota final

Políticas de la Memoria presenta un ejemplo de cómo se puede construir institucionalmente relacionando historia y memoria, en momentos en que la izquierda aparece aislada y fragmentada, mientras los partidos y principales corrientes de pensamiento político argentino legitiman un orden que promueve las desigualdades combatidas por el pensamiento emancipador. Este trabajo se hace sin soslayar objetos de pensamiento muchas veces considerados perimidos: el movimiento obrero, las utopías, las discusiones teóricas

²² Las Jornada Nacional de Protesta y el proceso previo de luchas parciales, además de otras iniciativas de la Comisión Nacional de los 25 son claros exponentes de la argumentación de Lorenz.

sobre la moral o la reflexión respecto del Estado. No se puede negar entonces el valor que esta propuesta implica en momentos en que el pasado reciente y en términos generales el pasado se reconoce polémico y se le exige – o por lo menos se proclama– que otorgue sentido a la política.

En lo voluminoso de esta revista llama la atención la escasez de artículos sobre ese objeto que fue la crítica de la experiencia de los países socialistas durante el siglo XX, aquella que en Argentina y en todo el mundo agitaran los anarquistas cuestionando el Estado comunista, los troskistas respecto de la “burocratización” y los maoístas sobre la “nueva burguesía” y el “socialimperialismo” soviético, entre otros. Otro de los objetos que demandan mas reflexión es la relación con los procesos populistas argentinos y latinoamericanos, como se plantea en algunos artículos referidos a la “cuestión nacional” tanto para los intelectuales como para los movimientos políticos.

Por último y sin agotar todo lo que implica la discusión de esta propuesta, *Políticas de la Memoria* no elude que muchas veces sus interlocutores exceden el mundo estrictamente académico, se cruzan con los problemas de movimientos como el de derechos humanos y las organizaciones políticas mismas. Como en otras publicaciones, este esfuerzo de investigación dialoga con esa figura clave de la izquierda que es el militante, ese que organiza y encarna una política, también imprescindible para que el pasado deje de oprimir el cerebro de los vivos.